





# LA RETRIBUTIVA CONVENIENCIA



Juan Jesús Pérez Barbero

LA RETRIBUTIVA  
CONVENIENCIA





Primera edición: enero de 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Juan Jesús Péres Barbero

ISBN: 978-84-17548-80-3

ISBN digital: 978-84-17548-81-0

Depósito legal: M-38294-2018

Editorial Adarve


C/ Marcenado, 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España



*A mis padres*





## Así conocí a esa increíble mujer

Me apetecía pasar el resto de la mañana refugiado en mi soledad, necesitaba apaciguar el reconcomio que con machacona persistencia taladraba mi ya debilitada entereza. Escucharme, y encontrar aliviadoras respuestas a las desgarradoras e incesantes acometidas de pánico que hicieron despertarme de forma sobresaltada horas antes en la habitación treinta y cinco del hotel España.

Con las prisas de quien huye de copulativos e histéricos enardecimientos, me excusé con el organizador de las jornadas sobre desarrollo rural en las que mi conferencia sirvió de cierre a las edificantes reflexiones que acogió la capital asturiana. En absoluto deseaba tener que aguantar al amalgamado grupo de empresarios sin escrúpulos medioambientales en la pomposa comida de clausura, menos aún a agradecidos obsecuentes y lameculos. Le facilité mi número de cuenta para que en ella ingresaran los honorarios verbalmente pactados, y como la factura me obligaron a mandarla con anterioridad, nada más me retención en aquel sofocante lugar.

En el efervescente ambiente que ofrecía un destartado establecimiento de una aldea calle, el efecto instantáneo del amargo concentrado café que saboreé consiguió que con sorprendente presteza desconectara de anteriores preocupaciones; adquirí dos cajetillas de cigarrillos rubios y, seguidamente, reeditando tiempos pasados, con viveza, me dispuse a recorrer las arterias de Oviedo. Mi alojamiento quedaba relativamente cerca, a unos quince minutos; con paso sostenido, crucé el parque de San Francisco y dos concurridas calles comerciales antes de llegar a la plaza de la Catedral. El hotel distaba un paso, después de dejar mi portátil y mi cartera de documentos en recepción, me introduje en la distendida atmósfera que ofrecía la confortable cafetería, seguro que un vermut me haría bien antes de la comida, me recomendé.

La totalidad de las mesas estaban ocupadas, por lo que opté por tomar el reconfortante tentempié apoyado sobre la barra, era una posición privilegiada,

me permitía observar la entrada de acceso al local desde la calle Jovellanos y tener amplia visión del resto del local; por otra parte, por las confianzas que mostraban con los camareros y por los afectuosos y recíprocos saludos con que se agasajaban, a la clientela se la adivinaba muy habitual. En ese ímpasse, daba vueltas a la cabeza intentando recapitular con exactitud el drama del sueño que atormentó y sobresaltó mi despertar; vagamente recordaba que con acuciante precipitación me alejaba de personas con las que recientemente he tenido relaciones afectivas y sentimentales. Bien cierto es que no me apetece en absoluto comenzar una nueva aventura amorosa pero, por otra parte, me auto consuelo con que quizás no encontré a la persona adecuada, a la mujer que sea capaz de arrancarme una fácil sonrisa con su espontaneidad, que no siembre recelos, y que su sola presencia desadormezca en mí las inquietudes e ilusiones que ahora tengo aparcadas y necesitan ser impelidas.

Un largo sorbo del líquido aperitivo me invitaba a seguir con el recomendable análisis introspectivo. De repente, como si los clientes obedeciesen a una estricta llamada, el bar se empezó a desocupar, eran las tres, hora de la comida. Alcé la vista y todo pareció pararse en mí. La gracia de la mujer que acababa de entrar, la chispa de sus ojos, la elegancia y naturalidad de sus gestos, la informalidad de sus vestiduras y el contorneo de su andar, despertaron algo indescriptible en mi interior.

Me pregunté si la conocía, que se yo, no encontraba respuestas, pero, he de decir que, cuando se cruzaron nuestras miradas reflejaron una inusual complacencia, lo mismo fueron cómplices en algún momento de esta vida, o quien sabe, lo mismo se acariciaron y juntas deliraron en otros mundos y por eso ahora embelesadas quedaban. La mujer de melena color castaño con mechas, de peinar despreocupado, pero a la vez elegante, se dirigió al mostrador y entregó al camarero un pequeño paquete envuelto con papel de regalo que sacó de su bolso granate de marca. En el breve cruce de palabras que intercambiaron, solo llegué a entender un por favor no se olvide. Con prisas intentó evacuarse del local, pero una mala pasada le gastaron aquellos tacones de aguja que la soportaban, al intentar acceder al primer escalón que da a la salida. Con rapidez reaccioné y avancé hacia ella, la sujeté por la espalda, a la altura de los hombros, cuando descontroladamente reulaba hacia un impacto seguro. De nuevo las miradas se cruzaron, esta vez pronunciando al unísono un *menos mal*.

Le pregunté si se había hecho daño, titilando me respondió:

—¡No lo sé! —la hice sentar en una silla cercana, estaba pálida, pedí un poco de agua que gustosamente le sirvió el responsable de barra.

—Necesito aire fresco por favor.

Me pidió que le acercara su bolso, de donde extrajo un abanico que, con su rítmico movimiento, enseguida le proporcionó el refrescante aire que calmaría su ansiedad. Me comentó que llevaba mucha prisa pues su vuelo a Madrid saldría en poco más de dos horas y que aún tenía que recoger su maleta e ir al aeropuerto. Con inaudita celeridad su tobillo izquierdo se inflamó. Dándose cuenta de la gravedad de la situación solicitó al atento camarero que le buscase un taxi para que la acercara al aeródromo. Intenté convencerla sobre la conveniencia de que un médico examinase aquel hinchado maléolo, podría tener algo dañado. Después de una rauda reflexión, decidió que así fuese. Comprendí entonces que topé con una mujer de decisión fácil, lo leí en sus ojos cuando escuché por ellos un *es lo mejor*, antes de que lo hiciese su almibarada voz.

—Me llamo Ángeles y llevo varios días hospedada aquí por motivos de trabajo, muchas gracias por su amabilidad y atención con exquisitez me agradeció. Con prontitud se activó el protocolo de actuación del hotel para casos de emergencia, por lo que resolví ausentarme y que fueran los profesionales del establecimiento quienes decidieran los pasos a seguir, no sin antes dejarle mi tarjeta de visita, por si acaso, en el corto plazo, precisaba algo de mí.

Nos despedimos con agrisadulces sonrisas, con un hasta otra vez, «pero que ese encuentro sea más placentero y menos accidentado», le respondí. Tenía ganas de descansar, por comodidad, solicité un plato combinado al servicio de habitaciones y un café como único añadido. Acabada la refacción, me decidí por la necesitada distensión que siempre me ofreció la siesta. Tras dormir plácidamente hasta bien pasadas las siete de la tarde, un posterior baño relajante me restituyó por completo.

En un receso de las jornadas de trabajo matinales quedé con un compañero ponente para que al final de la tarde cambiásemos impresiones.

—¡Te espero en la calle Gascona, te queda cerca! —se amparó. En la afamada sidrería *El Ferroviario* escanciamos una botella de la popular bebida mientras intercambiábamos opiniones sobre el desarrollo de las jornadas y sus conclusiones.

—Te apetecerá tomar algo por el centro —apuntó mi amigo.

—Por supuesto, es pronto y podré descubrir lugares de tapeo de esa selecta zona —le contesté.

Después de ingerir dos tintos, con actitud entusiasta nos dirigíamos a cenar, cuando el perturbador sonido de su teléfono arruinó nuestros propósitos.

—¡Lo siento Emilio, es mi madre, parece ser que está indispueta, he de marchar!

Nos despedimos con un apretón de manos y con el previsor intercambio de correos electrónicos.

—No te preocupes Jorge, lo primero es lo primero, ya buscaré un sitio para acallar a este impaciente estómago.

Una ensalada templada de queso fresco y frutas tropicales junto a una ración de dorada al horno fueron los principales de mi cena aquella noche; para rematar, no pude evitar la tentación de degustar uno de los postres tradicionales de Asturias, arroz con leche, que me sugirió la vivaz profesional que me atendió.

Cuando se está solo, y en una ciudad donde uno apenas se desenvuelve, todo invita a adentrarse en lugares donde se ve movimiento de gente. Así caí en un concurrido disco pub con la sana intención tomar una copa antes de regresar al hotel. Era viernes y se respiraba el atrayente ambiente del fin de semana. La buena música mezclada con el alcohol, dinamizan a las personas, eso fue exactamente lo que me sucedió, pues con excepcional presteza entablé conversación con dos chicas que estaban junto a mí en la exótica barra. Eran fabulosamente simpáticas, de sugestivos rasgos asturianos. Pero, para mi desencanto, esperaban a dos amigos; por lo que después de desearles una buena noche, con cara de infortunio, abandoné el local.

Pensativo y parsimonioso me dirigía al hotel cuando me sorprendió el vibrar de mi teléfono móvil. Su inconfundible voz no despistaba, la ventura me acercaba de nuevo a aquella desusada mujer. En pocas palabras me informó de que su accidente no era tan importante como en principio aparentaba y que, por precaución y repetitivo consejo, había decidido alargar su estancia en el hotel España hasta la mañana del domingo.

Un puesto de flores, pensado para los que se enamoran en la noche, cerca de La Regenta, hizo despertar en mí una idea quizás surrealista. Obedeciendo más a un inusitado impulso que al sentido común, compré una docena de rosas rojas. Regresado al hotel, pregunté al recepcionista por la dama accidentada y le insté a que por favor le hiciera llegar aquel ramo de intenciones.

Ya en mi cuarto, tumbado en la cama y pensando en el viaje de vuelta con los ojos medio cerrados, unos golpecillos interrumpieron mi imaginario viaje. Era el educado trabajador, me devolvía el agasajo y me trasladaba que la dama prefería que se las entregase personalmente. Me indicó que su habitación era la número treinta y nueve, dos puertas más adelante, en el mismo pasillo. Un estremecimiento total me recorrió de inmediato. Instintivamente me cambié de camisa, y de americana, me atusé el pelo y me embadurné con mi habitual perfumé francés. Acto seguido, con el corazón apretado, me dirigía quien

sabe si a sembrar una bonita y sincera amistad, quien sabe si a precipitar mi destino.

Muy convencida debía de estar de que no tardaría en cruzar aquella puerta, pues la encontré entreabierta. Para disimular mi atrevimiento, intenté esbozar una ancha sonrisa, no sé si lo conseguí, pero al escuchar aquel «¡vaya detalle! ¿Cómo supiste que son mis flores preferidas?», recuperé la templanza, para a continuación, superado el brete, con convencimiento, contestar:

—Es lo menos, una noche de viernes estar sola en un hotel de una lejana ciudad, para una bella mujer, debe ser muy angustioso.

—¡Razón tienes! Pero no te quedes ahí parado, pasa y sirve dos copas del minibar, necesito espantar de mi aturdida cabeza pensamientos recomidos por mi mala suerte.

Junto a esta increíble mujer, el tiempo se escurre fácilmente. Conversamos de todo un poco e intimidamos, pero lo mejor fue poder comprobar el borboteo incesante de complicidad que entre nosotros fluía. Me contó su dedicación profesional, por donde se solía mover en Madrid, sobre su debilidad por el baile y de su buena costumbre de escabullirse de la capital los finales de semana; según ella, desconectarse del bullicio y de la rutina le significaba paz, relajación que solo encuentra al refugiarse en la tranquilidad que le aportaba el disfrute del mundo rural. Un amistoso beso y una sugerente mirada nos emplazaban a un inevitable converger.





## 2

### El caprichoso destino

El bar del hotel permanecía abierto, lo habilitan junto a una zona anexa de ocio como pub las noches de los fines de semana. Opté por tomar una última copa antes de subir a descansar. Ello me permitió reflexionar sobre mi vuelta a Extremadura, «caray, necesito romper con la somnífica monotonía que me ofrece el pueblo, seguro que un poco de ruido y distracción me harán bien! pensé. Por lo que, sin dar lugar a que reaccionase la cautelosa dubitación, informé al ceremonioso recepcionista que me quedaría una noche más; con un: *muchas gracias por su confianza*, me confirmó el aumento de reserva. Ya en la habitación, merodeé cómo acometer la seducción de aquella mujer de melena desmadejada, de ojos que atrapan y meliflua voz, que el caprichoso destino había colocado en mi camino. Sinceramente, he de reconocer que la fuerza de su hechizo fue quien decidió por mí, quien me empujó, en aquellos titubeantes momentos.

Desde temprana edad se arraigó en mí el hábito de madrugar. Siendo fiel a esa atávica costumbre, antes de las ocho de la mañana me tiré de la cama. Supuse que Ángeles aún seguiría descansando, por lo que antes de bajar a la zona de desayunos, premeditadamente, alargué mi protocolario ritual de aseo y de organización mental.

Pasaban las nueve y aún seguía devorando el abundante buffet, absoluto-rio pretexto para disipar intencionalidad alguna en el dilatado esperar por la elegante dama; más aún cuando incitantes deseos por compartir con ella me precipitaban a que iniciase su búsqueda. Tal era mi estado de excitación, que me carcomía con ridículos interrogantes: «¿deberé vestirme de rojo para llamar su atención? ¿Debí esperar su llegada?», aduciendo una imperdonable falta de respeto, me preguntaba.

No hizo falta, el eco de su voz resonó a mi espalda con un *me permite caballero*. Entre el asombro y la vergüenza, instintivamente, dirigí mi mirada a su maltrecho tobillo; al levantar la vista en su sonrisa encontré la respuesta:



—Emilio, ya te comenté ayer que al final no era tan grave como parecía —para que, con confianza y toda la naturalidad del mundo, se sentara a mi lado y solicitara al camarero que le sirviese el desayuno. Este, demostrando profesionalidad de trato, insistía en traer la rutinaria tarta del día o dulces para acompañar, a lo que respondió con un tajante:

—¡No! Quiero una naranja, café con leche muy caliente y una tostada con aceite, tomate y jamón, dejemos las tartas y pasteles en su sitio —sentenció, rechazando sus encarecidas recomendaciones—. Me ha chivado un pajarito que el señor se queda hasta mañana en la ciudad —susurró con acaramelada voz—, ¿podría tener la amabilidad de acompañar a esta medio lisiada dama a disfrutar de la mañana ovetense? —me requirió entre risas.

—¿Pero...?

—¡Sin peros! —con autoridad me hizo callar—. Me han comentado que hay un precioso mercado de abastos que quisiera visitar.

—¡Sí, lo conozco! En cierta ocasión contacté con los vendedores autónomos que lo explotan y con la Concejalía de Comercio para analizar las debilidades de ese espacio comercial e intentar subsanarlas —afirmé—. Es un espacio sugestivo, pero, ¿qué te parece si continuamos conversando bajo la mágica imagen que nos oferta la mañana? —le propuse al comprobar a través del ventanal como los atrevidos rayos de sol, que se colaban entre agolpados edificios, llenaban de colorido la pegajosa niebla hasta hacerla desaparecer.

He de reconocer la enorme valentía de Ángeles que apoyada en mi antebrazo caminaba ignorando el dolor. Cruzamos la muy visitada plaza de la Catedral para confundirnos en el tiberio de la zona comercial. Un espléndido día propiciaba que el mercado estuviese animado. Oviedo es una ciudad repleta de estatuas de bronce. Unas representando oficios de antaño como las aguadoras, otras más modernistas y atrevidas que sirven de obstáculos a los automóviles en las entradas de las calles peatonales, presidiendo espacios verdes o rotondas. Su móvil no dejaba de captar instantáneas, siempre bajo la sonrisa interpretativa con la que esta mujer permanentemente me obsequiaba.

El mercado de El Fontán, según cuenta la historia, está enclavado en el lugar de una laguna seca, ahora solo queda de ella un caño representativo hecho en piedra. Parece ser que se construyó en mandato del emperador Carlos V, este quiso compensar a la ciudad con una zona franca de mercado para que recuperará la actividad comercial después del incendio que asoló la ciudad en 1521. El actual edificio es una rehabilitación del construido a finales del siglo XIX, de estructura metálica color verdoso y de grandes vitrinas en forma de arco.



El ambiente es fantástico, huele a alimentos frescos, a aromas de Asturias, como pudimos comprobar en el recorrido por el mismo. Esa mezcla de sabor a pescados, a quesos aromáticos, setas de temporada e innumerables productos de la tierra, hacen del lugar un sitio señero. La actividad comercial es frenética, la atención personalizada de los vendedores exquisita, y yo encantado de poder disfrutar del momento junto a Ángeles; sus preguntas y comentarios, nunca desacertados, hacían que el tiempo pasase deprisa, demasiado deprisa, pienso.

Los alrededores y la plaza 19 de Octubre, estaban atiborrados de tenderetes de flores, de ropa, de artesanía, de muebles antiguos y al lado unos soportales llenos de mesas para degustar buenos vinos y delicias de Asturias. Elegimos una soleada mesa para saborear un muy buen vermut de grifo y una tapa de paella de mariscos. Cortésmente le pregunté si se le había cargado el pie, respondiéndome que pasara de ello y que me centrara en paladear la candente oportunidad que el destino nos brindaba.

Al regreso paramos en Lamasbarata, antigua mercería convertida en una arrocería de reconocido prestigio. Realmente el arroz negro que elegimos, estaba cocinado por sabias manos, una verdadera exquisitez que acompañamos con un verdejo. Durante la jugosa comida adentramos en nuestro conocimiento recíproco, se percibía que la complicidad reinaba entre nosotros, y es que a veces no hay nada mejor que juntar a dos personas que viven en mundos diferentes, ansiosos ambos de descubrir todo lo desconocido que está fuera de su alcance diario, convirtiéndolo en anhelo obsesivo cuando nos impregnamos de ello al descubrirlo por otros ojos.

Ángeles es de consumir poco dulce, pero no se pudo resistir a la muerte por chocolate, una pasada de postre, seguramente jamás comimos tanto cacao de una sola tacada. Había que bajar la comida, por lo que decidimos tomar los cafés cerca del hotel. Vengo observando que con esta mujer no se puede planificar el presente, ya que en ella lo imprevisto, lo sorpresivo, es lo que al final impera. Así, olorosos carajillos que servían en barra en aquel momento, espantaron nuestra inicial opción para que nuestros gustos desembocaran en el consumo de dos restablecedoras copas de café caliente con whisky, sin azúcar para ella, y de brandy con azúcar de caña para mí. A medida que tomábamos sorbos calientes de las tazas, nuestras mejillas iban cambiando de color.

—Como dos niños que se ruborizan por haber hecho algo malo —comentó ella entre risas al coger con cautivadora ternura mi mano.

Hablamos de poesía, de la crisis que azota a esta sociedad, crisis no solo económica sino de pérdida de valores. Profundizamos en el desencanto social, del grave problema del desempleo y de la irreparable merma de los derechos sociales.

—¡Van a pagar los platos rotos los de siempre! Hay cosas que tendrían que ser innegociables y deberían de estar blindadas para que en los cambios de gobiernos fueran intocables.

—Pues sí —me respondió—, la educación, la sanidad y el apoyo a las personas con discapacidad.

—Y otras más Ángeles, las personas no pueden perder su dignidad por los abusos laborales por parte del empresariado y por las modificadas leyes que los amparan —. Coincidiendo de nuevo en los planteamientos que presentamos.

Un whisky nos abre otro frente en nuestra conversación, no es otra que cómo planteábamos el regreso del día siguiente. Ella aún no había reservado el billete de vuelta, parece ser que el único vuelo a Madrid era a media tarde. Yo no tenía prisa alguna en perder su compañía, por lo que le propuse acompañarla a la capital por carretera, en mi coche, hasta el aeropuerto donde tenía aparcado el suyo. —¡Pues mira, sí, me apetece! —accedió sin titubeos, para rectificar de inmediato y condicionar la aceptación a que el cambio de planes no le significara trastorno alguno a mi organizada agenda, y con la condición añadida de vivir, después de descansar un ratito, con intensidad lo que restaba de día. —¿Vale? —quiso confirmar.

—Ok, a las ocho nos vemos en el bar —le refrendé antes de dejarla en la puerta de su habitación.

¡Sí, sí, sí! Me di cuenta que no hace falta sexo para amar o estar a gusto con una mujer. Más importante es llegar a un conocimiento profundo de esa persona, que la conversación no se agote, al contrario, abrir nuevos frentes de dialogo y debate que enriquezcan mutuamente nuestro saber sobre las inquietudes y pareceres del otro. Así llegaremos a ese agradable estado de regocijo personal, el que afirma que el tiempo compartido ha merecido la pena, el que invita e incita a seguir profundizando en esa relación.

### 3

## La noche

Atendido el obligado trámite de enviar un mensaje de tranquilidad a mi familia y comunicarles que aún tardaría unos días en regresar, encendí mi portátil con la intención de buscar por la red algún sitio con encanto donde cenar se convirtiese en placer. Como si mis pensamientos se leyesen, recibí en ese mismo momento un *whatsapp* de Ángeles donde me comunicaba que había reservado mesa en el restaurante Tierra Astur, en la intersección de las calles Jovellanos y Gascona, a pocos metros del hotel.

Sosegada y con evidencias que delataban sus ganas por exprimir la noche, tomando una copa de cerveza, esperaba en la barra del bar. El negro, que sin duda realizaba su belleza, era el color de su vestimenta: un pantalón de cuero ajustado que acentuaba sus provocadoras curvas y un cómodo jersey ancho de escote atrevido, que me robó la primera mirada, hacían de ella un ser muy deseable.

—Bueno, ¿descansó el caballero? —se preocupó.

—La verdad es que no estoy fatigado, más bien impaciente de rematar lo que falta de sábado —respondí. Una sonrisa de asentimiento, invitándome a ello, transformó su tranquila faz en picaruela.

—Aún es pronto para cenar, la reserva es para dentro de hora y media, pa-seemos —invitó la madrileña.

Nos dirigimos hasta el parque de San Francisco, céntrico pulmón ovetense, para que, a la vuelta, en una de las calles comerciales cercanas, una botella de sidra, escanciada con mucho arte por un garboso camarero, abriese nuestra noche. Las calles empezaban a llenarse, sobre todo donde están ubicados los bares de vinos y restaurantes de comida rápida. Las solicitadas terrazas, la mayoría cubiertas por precaución a la lluvia tan normal en el norte, a reventar. Acompañaba a ello una temperatura agradable y el calor que desprendían las estufas altas de gas colocadas estratégicamente junto a los coquetos veladores.

El restaurante elegido era precioso, simulando una enorme cuba de sidra; su ingeniosa estructura cóncava revestida de madera, adornada con curiosos detalles pesqueros y de tradiciones astures, convertían el lugar en sitio atrayente y muy acogedor. A Ángeles se la notaba desenvuelta en aquel peculiar ambiente. Sin esperar las recomendaciones de la casa pidió un torto relleno y de segundo una enorme dorada a la sal, todo para compartir. El contar anécdotas recientes provocaba en nosotros continuas carcajadas que no disimulamos en ningún momento. El vino, un ambiente propicio y la encendida mirada de sus ojos habían hecho de mí un ser entregado a la ineludible excitabilidad de sus múltiples encantos. Pienso que ella, conocedora de mi situación, se regocijaba enviándome constantes mensajes silenciosos, bien con su mirada atrevida, bien con embaucadoras palabras o con envolventes gestos; en definitiva, con la tiranía propia de quienes se sienten dominantes. No pude evitar que pagara la cuenta.

—¡Ya está bien! ¡Ya me iba tocando! —fueron las palabras con las que silenció la estéril discusión.

Con cómplice extravío pateamos céntricas calles empedradas, hasta que la casualidad nos condujo al pub recomendado por el camarero que nos sirvió la cena. Hay que reconocer que el ambiente que ofrecía el garito era agradable y propicio a dar rienda suelta a deseos desenfrenados. Escrutando el protocolo de lo en un principio pensado, copeamos con unas infusiones y dos *Cardhu* con hielo que fueron desapareciendo con la buena música. Sus fascinadores ojos, que relucían en la oscuridad, y el contorneo de su cuerpo, al intentar danzar sentada, convertían a aquella mujer en un ser muy apetecible y sensual. Y fue entonces, en uno de esos momentos de seducción silenciosa, cuando nuestras miradas se cruzaron y de inmediato decidieron que debían encontrarse en lugares más íntimos.



## 4

### El regreso

Interrumpir el sosiego por causas ajenas a nuestra voluntad después de haber quedado extasiado por la intensidad que implica el desafuero, es lo peor que nos puede suceder. Fue lo que instintivamente el movimiento de mi mano quiso evitar, al alargarse para acallar el estridente ruido del despertador del teléfono móvil que olvidé desprogramar. Aún candente de deseo, me di la vuelta, buscando su cuerpo desnudo e intentar reeditar el frenesí de la noche; pero, para mi desencanto, únicamente encontré los excitantes restos de su aroma y una nota donde me decía que estaba en su habitación recogiendo su equipaje, liada con la transformación que todas las mañanas ocupa gran parte de su tiempo, y que me esperaba para desayunar.

Siguiendo una costumbre muy enraizada en mí, me desperecé varias veces, intentando desentumecer unos huesos a los que aquella mañana no les hacía falta, pues se encontraban muy relajados. La sinceridad del espejo reflejaba mi vanidoso estado de ánimo, una agradecida sonrisa y un henchido pecho así lo acreditaban. Las prisas por estar con ella me precipitaron a recoger mis pertenencias y a ataviarme de ropa cómoda para el viaje; para con responsabilidad, antes del palpitante reencuentro, pasar por recepción y liquidar mi cuenta.

Ángeles, que aguardaba leyendo *La Nueva España*, no tuvo reparos para espetarme con socarronería:

—¡Dormilón! ¿Parece que has tenido buena noche y se te han pegado las sábanas, eh?

—Pues sí señorita, hacía años que no tenía un despertar tan agradable. ¿Sabe? La apasionada compañía de una seductora dama fue la culpable.

—¡Bobo! Anda, siéntate y desayunemos que nos queda un largo viaje.

Mi C5 azul celeste, ya con nuestro equipaje en su interior, esperaba en el aparcamiento reservado para el hotel en la calle Jovellanos. En alto grado nos alarmó la húmeda y espesa niebla que dificultaba la visión a media distancia.



—No se preocupen señores, en esta ciudad es normal encontrarse con esta pavorosa bruma mañanera; irá desapareciendo a medida que vaya avanzando el día —nos tranquilizó el conserje mientras me entregaba las llaves del coche y nos deseaba un feliz regreso.

Enseguida dejamos atrás la calle Azcárraga, que nos condujo hasta la autovía A-66 con dirección León. Distráidos y con conversación fluida atravesamos la parte asturiana de la misma, no sin antes disfrutar a su paso de las localidades de Mieres y Pola de Lena, pero sobre todo de las altas cumbres nevadas que, impertérritas, presiden esos parajes. Las corrientes de los ríos Lena y Caudal, inversas al sentido en el que nos desplazábamos, nos acompañaron en nuestro tránsito hacia el interior peninsular.

La cuenca minera astur-leonesa enclavada en estas tierras no puede ocultar su presencia ya que son muchos los rastros que deja en el paisaje; industrias, señalizaciones y grandes montones de negro carbón almacenados junto a la carretera lo evidencian. En las laderas de las montañas, ignorando el impactante atropello del hombre, pacían tranquilas las vacas rubias asturianas, los *xatos*, inquietos, correteaban entre ellas.

Ángeles, de nuevo, reiteró su preocupación por mi cambio de ruta y del trastorno que pudiera ocasionarme; descargándola de responsabilidad, le contesté que no tenía por qué, ya que fui yo quien se ofreció para hacer el camino juntos, que mi intención era desplazarme a Madrid esa misma semana, por lo que solo era un adelanto de planes. Pero que lo más importante era que ambicionaba, que me apetecía mucho viajar con ella y disfrutar de su cercana presencia. Una agradecida sonrisa, de esas que acarician, de las que llegan al alma, de las que someten, tuve por respuesta.

—¿Qué mejor estímulo para seguir?

Así, le expliqué que tenía que validar un poemario recientemente escrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de la capital, y que aprovecharía esa estancia en Madrid para dejar copia, una vez registrado, a varias editoriales para que lo evaluaran y emitiesen su disposición sobre una posible edición. Pero que también quería y necesitaba estar con mis amigos capitalinos a los que llevaba tiempo sin ver, de deleitarme con alguna exposición de arte, de disfrutar de alguna de las muchas ofertas de cine en versión original y un largo etcétera que el medio rural, donde ahora resido, no me lo permite.

—¡Vale, vale! Son suficientes argumentos, ¡pero quiero que sepas, advertido quedas, que estaré muy ocupada con mi trabajo y no voy a poder dedicarte todo el tiempo que mereces!

—No te preocupes, haberte conocido ya ha significado mucho para mí —la serené, ofreciéndole la mejor de mis sonrisas; a lo que ella respondió con un mimoso *ummmm*, acurrucando su abullonada melena sobre mi hombro.

Desde hacía rato venía observando que un todoterreno gris oscuro nos seguía a cierta distancia y pese a que a veces intencionadamente reduje la velocidad, en ningún momento mostró voluntad alguna por adelantar. Para cerciorar que mis sospechas no eran vanas, en vez de repostar en una de las múltiples áreas de servicio que brinda la autovía, decidí avanzar hasta Benavente. Para no alarmar a Ángeles, puse la excusa de cumplir con el compromiso de visita a un familiar que regenta un restaurante en el polígono industrial Los Negrillos y de paso estirar las piernas y despejarnos con el álgido aire de la meseta.

Aparcamos junto a la puerta principal del establecimiento. El vehículo perseguidor, de gran cilindrada, hizo lo propio en la zona habilitada para camiones a unos cincuenta metros. Con adiestrado disimulo, pude comprobar que lo conducía una persona de fuerte complexión, calva, de mediana edad y que le acompañaba una chica delgada de cabellos rubios.

—¿Qué tal esta primera parte del trayecto? —pregunté a una Ángeles ajena al preocupante atolladero en el que nos encontrábamos.

—Fenomenal señor taxista, casi ni me enteré —me contestó con grácil desenvoltura.

El sitio era el lugar ideal para ir a pasar el día en familia, con el plus de poder solazarse con la inusitada terraza enclavada en una bien cuidada zona verde y el parque infantil anexo. Pregunté por mi primo Ramón en la barra, contestándome que estaría a punto de llegar, que los domingos lo solía hacer antes de empezar las comidas. Para asegurarme que era a Ángeles a quien perseguían, le aconsejé que me esperase en el interior de la cafetería mientras repostaba en un surtidor cercano. Apenas tardé diez minutos en llenar el depósito y pasar por caja, la exactora impaciencia apremiaba. Ya de vuelta, antes de abandonar el vehículo, comprobé que el calvo, solo y sin aparentes signos de perturbación, fumaba fuera del coche.

Fingiendo una engañosa normalidad, me adentré en el local, hasta, con vista ladina, localizar a la rubia que, desde la distancia, mostrando oficio, simultáneamente el control a la madrileña con una engañosa contemplación de vitrinas repletas de bisutería en la parte opuesta del local. Pedí un café solo, que apuré de un sorbo, aboné la cuenta y trasladé al camarero que saludara a mi familiar, que teníamos prisa y que con menos urgencias pasaría otro día. Al encender el motor del *Citroën* comprobé cómo la rubia salía atropelladamente del local para encaminarse al todoterreno, no sin antes dirigirnos una mirada atravesada.

La A-6 estaba cerca, esta circunstancia, unida al fácil acceso, facilitó que nos incorporásemos a la vía principal con prontitud. Con *aviesa intencionalidad* puse el C5 a la máxima velocidad permitida, con la pretensión de distraer la atención de la urbanita, y que no deparara en la espinosa preocupación, encendí el aparato reproductor de música, detalle que le agradó.

Pasada Tordesillas, y con plena seguridad de que el coche de alta cilindrada nos perseguía, intenté sonsacar a Ángeles sobre el motivo de su estancia en la capital asturiana. Me miró con cierto recelo, pero al final, destensándose de incertidumbres, me contó que era una alta ejecutiva de una multinacional que asesora a grandes corporaciones sobre la viabilidad de grandes proyectos empresariales y de buscar el sitio más beneficioso para su ubicación, que habían trasladado las reuniones sobre un encargo específico a Oviedo porque uno de los colaboradores vive en el Principado. «¡Uff, espionaje comercial!», me dije.

En esos momentos sonó su móvil.

—¿Qué me dices? ¿Cómo ha podido suceder?

Percibí signos de inquietud en su cara, siendo testigo directo de la ira que irradiaban sus ojos. Con un *hablamos más tarde* se despidió con despecho del interlocutor.

—¿Algún problema?

—Nada importante, pero me irrita la irresponsabilidad de ciertas personas.

Entonces, con total confianza, me relató que había dejado un paquete en el bar del hotel a un colega con un regalo de su empresa y que cuando fue a recogerlo lo habían extraviado. Pensé que había llegado el momento de contar lo que pasaba.

—¡Tranquilízate y escucha con atención! Desde que salimos de Asturias nos controlan desde el todoterreno que nos pisa los talones.

Con todo detalle le informé de mis sospechas.

—Ahora dime, ¿llevas documentación de interés?

—Claro —me contestó—, ¡cómo no la voy a llevar!

—Pienso que debes de ponerte en contacto con tus jefes o compañeros para que avisen a la policía, decirles en qué situación y dónde nos encontramos para que actúen en consecuencia.

Nos acercábamos a Ávila cuando volvió a sonar su celular.

—Emilio, me dicen que entremos en la ciudad y nos dirijamos al aparcamiento de Carrefour que hoy está abierto, allí dos *Peugeot 405* que estarán aparcados juntos, uno verde oscuro, otro blanco, nos esperan.

—De acuerdo princesa, a sus órdenes. Otra cosa, ¿no llevarás esa información en el maletero?



—No, en un pendrive en mi bolso.

—Vale —le contesté.

Un SMS llega a su teléfono dándole instrucciones sobre el procedimiento a seguir.

—Vas a tener que hacer el viaje a Madrid con otra persona —me trasladó con pesadumbre.

Y así fue como me vi envuelto, sin ton ni son, en una aventura increíble e inesperada. Pero el riesgo es para los valientes, sobre todo si por medio hay personas que interesan, me dije fortaleciendo mi ánimo.



## El cambiazo

Simulando toda la tranquilidad del mundo y cumpliendo escrupulosamente con las normas de tráfico, desechamos por precaución acercarnos a la capital abulense por la N-403, optando no salir de la autopista, y así, a la altura de la localidad segoviana de Villacastín, dejar la AP-6 para desviarnos hacia la histórica ciudad.

—Son unos veintiocho kilómetros por excelente carretera.

—¡Emilio, joder, qué tranquilo se te nota!

—¡La procesión va por dentro amiga! —apostillé—, imagina que somos actores y rodamos una peli de intriga —solté con regocijante ironía.

—¡Eres un capullo, yo estoy acojonada! —refunfuñó.

—¿Haces este tipo de trabajo a menudo?

—Sí, es misión muy habitual —me contestó.

—Pues deberíais tomar más precauciones —le repliqué.

—Nunca pasó nada, además la normalidad forma parte de nuestra estrategia, ayuda a pasar desapercibidos —argumentó.

La preocupación, que es una sensación demasiado delatadora, se reflejaba en su rostro, marcando unas líneas más angulosas en sus facciones, las mismas, aumentaban su belleza y apetencia.

—¡Ángeles, en el fondo me estoy divirtiendo! —desabroché, prolongando la guasa.

—¡Mírale, encima chulito! Al menos tendrás la matrícula, ¿no? —me preguntó con manifiesta ansiedad.

—¡Mi meticuloso sospechar me impelió a ello! ¡Hace tiempo que la gravé en mi memoria! Es un vehículo importado, de muy reciente matriculación —rubriqué.

Sin dilación, dando muestras del acentuado nerviosismo que la atosigaba, sacó una agenda del bolso, donde, con trazos de gran tamaño, tomó nota de la identidad del todoterreno.

El resto del camino hasta Ávila lo hicimos en silencio. Pensaba en la enorme relevancia de la documentación que atesoraría el codiciado *pendrive* para que un despliegue policial de tamaña magnitud se hubiera articulado en tan poco espacio de tiempo.

Accedimos fácilmente al parking del recinto comercial, cerca estaban la escuela de la Policía Nacional, un Mc Donald, y conocidas franquicias dedicadas a la venta y distribución de muebles, electrodomésticos y artículos de bricolaje.

El vehículo que nos abacoraba hasta hacía poco, de repente, como si se le hubiese tragado la tierra, desapareció; circunstancia que gratamente nos tranquilizó. En el fondo, me sentía responsable de la seguridad de aquella misteriosa mujer de ojos grandes. Aparcamos junto a los dos Peugeot y con la confianza que entraña sentirse escoltado por las Fuerzas de Seguridad del Estado, sin hacer uso de exteriorizaciones delatorias, entramos en el centro comercial. Una resuelta señora, uniformada con ropas de Carrefour, se dirigió a nosotros y nos acompañó en nuestro escabullimiento entre pasillos que albergaban infinidad de prendas textiles; donde Ángeles, simulando entusiasmo y aceptando recomendaciones de la dependienta, eligió algunas de ellas, para sin dilación dirigirse al probador de señoras. Distráido, ojeando unos panfletos de ofertas, dando el pego de acompañante entusiasmado, esperé en las cercanías.

En apenas quince minutos, Ángeles dejaba la mayor parte de lo inicialmente elegido encima del mostrador y entregaba a la persona encargada de la supervisión un pantalón gris y una blusa color malva para que lo introdujera en una bolsa de la multinacional minorista.

Agarrada de mi brazo, ocultando sus ojos tras sus gafas de sol, nos dirigimos a la caja, donde pagó con su tarjeta de crédito no antes de enseñar su carnet de identidad. Con total normalidad abandonamos la zona comercial y nos dirigimos al espacioso aparcamiento para, después de dejar la compra en el maletero, acomodarnos en el interior de la berlina.

—Señor, compórtese como si yo fuese su anterior acompañante, supongo que ya habrá advertido que, aunque llevo sus ropas, no soy ella. Sin más digresiones nos vamos a Madrid —indicó.

Ya en carretera, le pregunté cómo habían conseguido una peluca tan exacta al pelo de la ejecutiva, respondiéndome entre risas:

—¡Somos la policía!

Se presentó como la oficial Irene Fernández, para inmediatamente aclararme que no fuese impertinente ni la atosigara a preguntas, que su misión era la de escoltarme hasta Madrid, poner a buen recaudo mi coche y que la totalidad del equipaje llegase al hotel donde teníamos reservada habitación.

—Las preguntas se las hará el comisario encargado del caso.

—Pero, ¿y Ángeles...?

—No se preocupe, pronto volverá a disfrutar de su compañía, llegará a la capital antes que nosotros —me tranquilizó.

Pasamos el Guadarrama, Las Rozas y nos acercábamos a la gran urbe cuando me indicó que me dirigiera al hotel Suites Viena en Argüelles.

—Conozco a la perfección el establecimiento y la zona, no se preocupe.

Irene me miró con sorpresa, para posteriormente, con una significativa sonrisa, trasladarme agrado por tal hecho. Curiosamente, un mozo, que ceremoniosamente esperaba nuestra llegada, se hizo cargo del vehículo. Después del obligado registro en recepción, aquella mujer de exquisitos modales, que caminaba colgada a mi brazo, de forma imperativa, me señaló el ascensor que nos llevaría a las inmediaciones de la habitación reservada al efecto.

Al poco, uno de los empleados que nos atendió a la llegada, apareció con nuestras maletas y enseres; de ese modo, completábamos sin novedad la primera fase de lo inicialmente proyectado. Atropellado por la acerbidad de los inesperados acontecimientos, necesitaba un baño de relax, que de alguna forma ayudara a aceptar una realidad que me estaba costando asimilar.

Al salir del baño, la agente policial me informó que había cambio de planes y que aquella noche compartiríamos habitación. Deparé en el bolso que llevaba, era el de Ángeles, pero dándole un uso muy diferente al que de él hacía la madrileña; una pistola de pequeño calibre y dos cargadores ocuparon el cajón del escritorio cercano al sofá, una pequeña bolsa de aseo que llevó al baño, objetos personales, su móvil y un cargador de batería, eran el contenido del mismo.

—No se preocupe, pasaré la noche en el cómodo sofá —me trasladó con llaneza, disipando cualquier atisbo de suspicacia.

Quise oponerme, pero con un *está decidido*, zanjó la cuestión.

Hablamos de aficiones, del tiempo y de mis quehaceres para matar el resto de la tarde. Llegadas las ocho, me entregó la carta del servicio de habitaciones para que eligiese menú, con un *lo siento, hoy cenaremos aquí*.

Una camarera en un carrito nos sirvió una cena copiosa y bien cocinada que Irene acompañó con agua, yo preferí un tercio de cerveza. Me indicó que apagase mi móvil, que si quería hacer alguna llamada lo haríamos desde el suyo y que si me apetecía ver una película. Bajó las persianas, se despojó de la peluca y del maquillaje, entonces pude comprobar que era la misma mujer que nos abordó a la entrada del centro comercial en Ávila.

—Es parte de mi trabajo, el transformarme en otra persona en apenas diez minutos —me arguyó.

Íbamos a buscar en el menú del televisor la propuesta de cine de la noche cuando sonó de nuevo su celular.

—Es para ti —me dijo sonriendo a la vez que me entregaba el móvil.

—¿Sí?

Era Ángeles, me explicaba que acababa de salir de comisaria, que estaba hospedada en el hotel Tirol por prudencia, a lo que le contesté:

—¿Cómo vas a estar en el Tirol si estás aquí?

Una impremeditada carcajada invadió mi oído.

—¡Estoy al tanto! Esperemos que esto mañana quede resuelto, parece ser que a primera hora te tomarán declaración y quedarás libre.

—¿Libre? ¿Tú crees?

Con un *bueno, mañana hablamos*, se despidió. Entonces, solo entonces supe que empezaba a ser prisionero de aquella mujer.

Irene madrugó en demasía, tenía su explicación, debía de salir en taxi hacia el aeropuerto, recoger el coche de Ángeles y llevarlo a su casa, donde esta la esperaba para volver a dar el cambiazco de nuevo y regresar a su normalidad.

—Buen plan, bien diseñado —reconocí.

Ignorando mi alabancioso comentario, se limitó a decir:

—Emilio, gracias por su comprensión y colaboración, en breve se personará un compañero sin uniforme que le conducirá a la trasera de la comisaria, por esa secreta entrada accederéis a la misma —me reveló mientras nos despedíamos con un apretón de manos y me deseaba un final feliz.